

TORRES MONSÓ

Muy bien: hablemos de la escultura de Torres Monsó. Pero aquí como algunas otras veces —no demasiadas— las palabras no salen solas, se resisten. La obra de este artista es de aquellas que, en su misma desnudez, en su ser esencialmente plástico, no dan pie fácil a la palabra. Por una parte está limpia de retórica literaria; y, por otra, se basta por ella misma para lo que tiene que decir: todo, en esa mudéz asombrosa y suficientemente expresiva de la obra de arte auténtica.

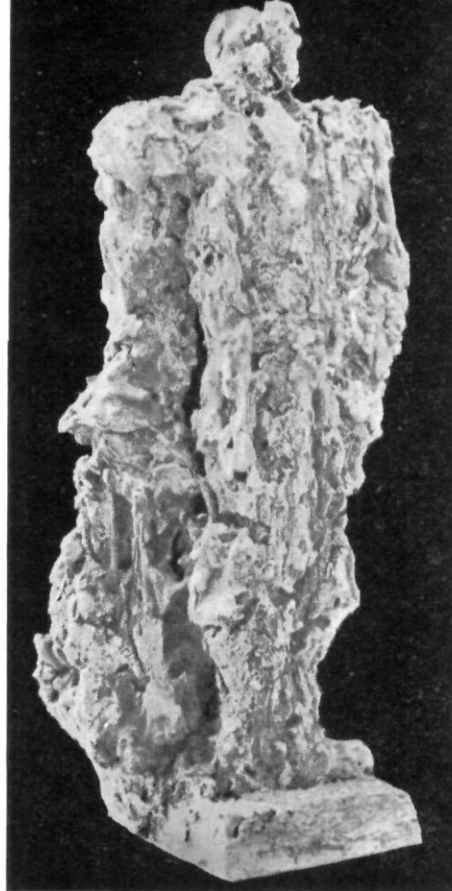
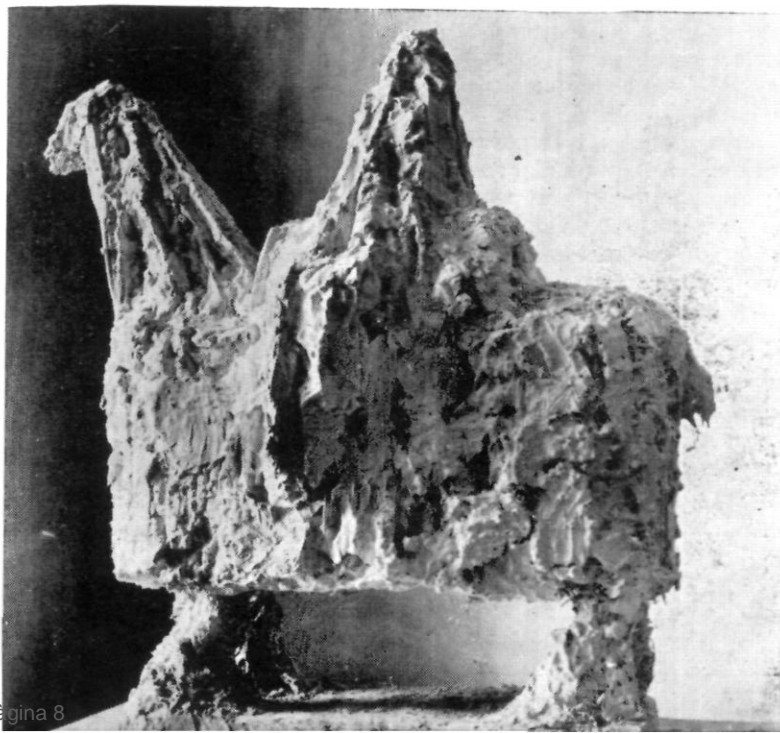
Si tuviera que elegir una sola palabra que definiese la obra de este artista, sería la de la sencillez. Una sencillez que a él debe resultarle difícil acaso, al menos en su gestación, aunque luego el fruto sea esto, tan necesario, tan aparentemente simple. Como ocurre con frecuencia, esta sencillez va unida a una enorme ambición. Torres Monsó pretende tanto que no tiene más remedio que mostrarse así: como si se conformase con cualquier cosa. Pero en su obra está bien claro. La fuerza de su escultura está donada; nunca le arrastra. Su capacidad de dar vida, de animar la piedra, el barro, el metal, es de tal naturaleza que sus criaturas tienen mucho de lo que las mismas criaturas humanas tienen: una voluntad tremenda, desesperada, de estar aquí, de afirmarse, de sobrevivir; y, al mismo tiempo, en la otra cara de esta misma voluntad, está esa "cercanía a la muerte —como escribe Alberto del Castillo— en la materia áspera, desabrida, rugosa, erosionada, pétreo e inerte".

Los temas son siempre elementales: el hombre y la mujer, la maternidad y la paternidad, dos figuras, y el hombre, en actividades y momentos concretos: picapedrero, picador, albañil, limpiabotas. Alguna vez le ha tentado la abstracción: ejemplo excelente lo tenemos en la obra en plancha de hierro, realizada en 1960, que figuró en la exposición del Ateneo de Madrid. El material empleado plantea siempre problemas distintos; así aquí vemos a Torres mucho más cerca de Julio González que en el resto de su obra, en que está primero en una línea italianizante y, de modo más definitivo, en el de la escultura inglesa actual de Henry Moore, concretamente. Todos estos elementos que el artista ha ido asimilando durante sus viajes, en la contemplación directa de las obras de los grandes maestros europeos, toman un carácter propio al entrar a formar parte de su obra. Por lo pronto, hay que hacer constar que ésta responde a un concepto, que se

proyecta exteriormente. Nace con la fuerza de algo muy concreto, en el que encarna algo que al artista le ha estado bullendo durante largo tiempo. Luego, viene la realización. Pero no como algo completamente aislado, hecho en frío. El concepto, al tomar cuerpo, se va rehaciendo; es algo inseparable de este rugoso tratamiento de la materia, de este tratar de reducir las cosas a su realidad descarnada, sin adornos de ninguna clase. Cuando ha trabajado en hierro y, en ocasiones, con barro cocido, la superficie es lisa: lo que parece interesarle en primer lugar, entonces, es la depuración de los volúmenes; entonces se descubre que debajo de esa flexibilidad hay una rigurosa geometría. Aparte estos casos, en que ensaya dando la imagen en una pureza conceptual idealizada, que recuerda el rigor y el estatismo intenso de su primer período, en que permanecía ligado a los cánones académicos, en general no puede separarse el concepto plástico de una particular tortura a que somete la superficie, que queda, en su aspereza final, más desnuda y como inerme que cuando depura y bruñe.

En sus últimas obras, Torres Monsó ha ido acentuando este último carácter. Su *Picador*, por ejemplo, una de sus mejores obras, es, a mi juicio, asimismo, una de las mejores esculturas españolas de nuestros días. Podemos ver que la referencia objetiva persiste: el tema es perfectamente reconocible: el picador y el caballo, fundidos aquí, formando una especie de centauro, tan inseparables parecen. Esta, como toda su escultura desde hace años, es, en cierto sentido, abstracta: es decir, un reducir la cosa evocada

PICADOR



TORERO



VIRGEN

a lo que se considera esencial, eliminando todos los elementos accesorios. Nunca hasta el punto en que el objeto exterior desaparezca: es un caballo y un hombre, un hombre con un niño, una mujer con niño, dos hombres. Lo curioso es que, a pesar, o gracias a esta abstracción, la escultura llega a ser más concreta: ese albañil y ese picapedrero lo son realmente, porque lo que les individualiza no ha sido eliminado, sino, por el contrario, puesto más al descubierto, al suprimir lo que no importaba. Queda la anécdota, digamos, para entendernos, porque son figuras con asunto; pero no hay un dejarse cazar por las facilidades que los temas ofrecen a quienes se conforman con poco, sino que el artista, en este caso, los coge y lucha con ellos, hasta conseguir encontrar el camino en que se encuentre el ahondamiento en el propio sen-

timiento y el acercamiento a la otra vertiente de la realidad: la del objeto, considerado como un ser distinto al propio artista.

La escultura de Torres Monsó prueba cómo se puede ser fiel al sentimiento del presente, calando en él y, a la vez, seguir tomando como tema, motivos de la realidad exterior. Toda la tortura, la desazón, esa traída y llevada y auténtica angustia del hombre de hoy, está aquí, en estas formas. Pero no se trata de una especulación intelectual; Torres Monsó lo convierte todo en un problema plástico. La idea está vertida de dentro a fuera; y la fuerza que la anima es perfectamente tangible. No hay fuerza interior que no esté exteriorizada, presente en esta obra, ni idea que no esté expresada. Problemas de espacio, volumen, tensiones internas y de la superficie, están todos trabajados conscientemente, pero a la luz de la intuición. Torres Monsó parece no tener nunca prisa. ¡Dichoso él! Su obra se va haciendo al margen del alborotado apresuramiento de la corriente cuantitativa más caudalosa del arte de hoy, con una especie de desdén y alejamiento, que nace de la seguridad en sí mismo.

Decía al comienzo de este comentario que Torres Monsó es autor de una obra que no da pie a hablar fácilmente de ella, precisamente porque parece bastarnos, como realmente lo consigue. Sin embargo, en torno a esta escultura resulta que se pueden decir muchas cosas. Finalmente, después de vencer esa resistencia inicial, su obra nos incita al hablar y a escribir hasta el punto de que, llegado el término de este artículo, todavía queda mucho que pugna por ser dicho.

JOSE CORREDOR